

TOMAR EN SERIO EL POPULISMO PARA CRITICARLO

Laura Bazzicalupo

Università degli Studi di Salerno

TAKING POPULISM SERIOUSLY IN ORDER TO CRITICIZE IT

La literatura polémica sobre el fenómeno populista es muy amplia. Sobre todo la de matriz liberal-democrática, apoyada por la academia y por la mayoría de los medios de comunicación está cargada de una recriminación igual solo a la total ineficacia de poner atajo a la difusión del fenómeno mismo. Por el contrario, un enfoque interesante debe tanto ser accesible a la lectura difundida, como hacerse cargo de la tarea de comprender, más allá de la condena retórica, la especificidad del populismo actual. Esto significa considerar el contexto globalizado y neoliberal que este refleja y contesta al mismo tiempo. La obra breve e intensa que Villacañas dedica al populismo sigue esta perspectiva y, algo polémica, se dirige precisamente a la clase ilustrada, culta y académica que ha contribuido fuertemente a la incompreensión que envuelve una aproximación peligrosamente falaz al 'hecho' populista. Villacañas contrapone a esta superficial devaluación un análisis cuidadoso y penetrante, a veces provocador, que profundiza en el fenómeno reconstruyendo su historia y estructura teórica, sin perderse en una opinión somera.

El eje de la argumentación se halla en la especificidad del fenómeno actual con relación a formas populistas y en la necesidad de un estudio teórico refinado y complejo que no caiga en la trampa del reduccionismo sugerido por las palabras de orden que

el mismo populismo enuncia. Es una complejidad que refleja la dificultad de la escena política y su imposibilidad de reducirse a estilos de pensamiento exclusivamente racionales, así como a presurosas ejemplificaciones: de hecho, cabe ensayar sus ambientes emocionales capaces de determinar efectos, sin renunciar a la distancia y a la lucidez reflexiva. El que se destaca del estudio es un cimiento firme, fuerte, tanto antropológica como culturalmente, en el cual se fundamentan las tesis ideológico-teóricas. Solo si se analiza en el fondo es posible medir su potencia expansiva y, eventualmente, estudiar como oponérsele, si sigue siendo posible.

De ahí que confrontarse seriamente con el populismo implique medirse con la más refinada teoría que ha fundamentado su difusión, no ofreciendo unos contenidos que, evidentemente, pueden variar incluso mucho, sino teorizando la estructura misma de la construcción política populista. Ernesto Laclau y su *La razón populista* son el punto de referencia de la discusión, por ser pensamiento a la altura de la importancia del fenómeno. La elección es oportuna: Laclau ha profundizado muchísimo en estos años en la transformación y la crisis de la democracia, sobre todo, pero no solamente en el subcontinente latinoamericano. Es un ejemplo de *virtuosismo* teórico que, partiendo de estudios hegel-marxianos, los supera en clave posfundacional. Es decir, está consciente de la imposibilidad de conciliar y sintetizar unas diferencias que, a partir de los años sesenta del siglo XX, emergen prepotentemente superando el paradigma economicista de clase. Así las cosas, el problema es una forma de construcción unitaria, exenta de base social y a construir totalmente por medio del artificio político. Al intentar reafirmar la centralidad y unidad del sujeto político, con facilidad y seguridad Laclau moviliza las formas de saber de la diferencia, de los *cultural studies* británicos al estructuralismo lingüista de Saussure, que separa el orden de los significantes del significado. Es notorio que, en este esfuerzo de representar a un Sujeto unitario in-fundado, el pensador argentino pone en juego la lógica de la significación de Lacan, de manera algo mecánica, porque el mismo Lacan sugiere la idea de un sujeto al mismo tiempo fuerte y barrado, marcado por el gap de la representación nunca exhaustivo de lo real.

La consecuencia de esta reafirmación sin fundamento objetivo es el énfasis de Laclau en la metáfora que desarrolla la función de síntesis lingüística y retórica en la secuencia metonímica de las preguntas. La revaluación refinada y –en mi opinión– crucial del inconsciente respecto de la ceguera del pensamiento liberaldemocrático sobre esta dimensión, permite a Laclau valorizar legítimamente la exigencia de vínculo social que sature la falta propia constitutivamente al Sujeto unitario, al pueblo, así como valorizar también el lenguaje evocador, la palabra vaga y polisemántica, que movilice los fantas-

mas no expresados en la representación formal. La retórica ocupa un puesto de honor, no para ser ridiculizada por un intelectualismo tardo-ilustrado, sino porque es dimensión ineludible de la gestión de los fenómenos políticos, y sería ingenuo subestimar su importancia atribuyéndola a la pura y malévolamente manipuladora. Sin embargo, sobre esta estructura claramente posfundacional Laclau implanta un concepto/instrumento, aquel gramsciano de hegemonía de orden resueltamente materialista y político respecto de este trabajo retórico y representativo, que pone de manifiesto como el poder articula y hegemoniza, sin sintetizar, las diferentes solicitudes y exigencias sociales. En esta teoría –luego desarrollada también por Chantal Mouffe– se halla un momento también posfundacional, de carácter schmittiano. También en este caso se trata de una reconsideración de Schmitt, una vez más desde el punto de vista de la división antagonista de la sociedad alrededor de una línea de criminalización del enemigo. En el análisis de Villacañas destaca una operación intelectual teóricamente compleja y significativa, exenta de toda ingenuidad o ignorancia: es una construcción teórica mixta, conscientemente aporética, que llena las aporías (sobre todo aquellas que tienen que ver, desde un punto de vista constitutivo, con la representación del Uno/pueblo) a través de presuposiciones sicoantropológicas tan persuasivas como inciertas. Es una teoría que deriva de una precisa *teoría social*, una interpretación rotunda de la ontología de la actualidad. Y este argumento debe considerarse en su totalidad: es una ontología de la que Laclau enfatiza la radical e irremediable contingencia, la fragmentación endémica e irremediable, el estímulo desterritorializado que el mismo secunda y produce. De ahí que sea una ontología que no puede sino desembocar en un antiesencialismo nihilista, donde el poder de la comunicación se convierte en el lugar exclusivo del trabajo político, mientras sabemos que la operación hegemónica pensada por Gramsci tenía una referencia material fuerte y contundente que la salvaguardaba del nihilismo de la voluntad de potencia. Por lo demás, Villacañas subraya polémicamente que esta centralidad de la comunicación a su vez remite a la necesaria premisa *concreta* de la democrática libertad de expresión y al acceso abierto a las redes sociales, observación esta que desmiente la acusación baladí de que hay oposición entre democracia y populismo.

Toda la fuerza del populismo se juega en el equilibrio inestable que junta la equivalencia de las solicitudes heterogéneas de una sociedad diferencialista y fragmentada, su traducirse en reivindicación genérica, estructurada alrededor de un significativo vacío y la lucha antiinstitucional, puesto que las instituciones en cambio tenderían a satisfacerlas –si las instituciones neoliberales tuvieran ese objetivo y la clase política fuera capaz de hacerlo– de forma específica y diferencial a través de agencias adecuadas.

Precisamente este *gobierno* institucional, diferenciado, adecuado y plural de las solicitudes representa el riesgo más grave del populismo, que se alimenta en la fragmentación inexhausta del cuerpo social, para trabajar para su agregación homogénea en un pueblo soberano, que excluya todo lo que no fagocita en la genericidad retórica del nosotros. Es un equilibrio inestable también contra sí mismo y los eventuales éxitos de gobierno que empobrecerían su naturaleza movimientista.

Así las cosas, el libro de Villacañas se encarga de la tarea de adecuar la crítica al nivel teórico que Laclau impone: esta obra se confronta con lecturas superficiales y estereotipadas que han desviado y desvían la perfecta posición del populismo, provocando una falsa imagen del campo de batalla, el *Kampfplatz* kantiano. Es un error grave que no permite a quien quiera resistir a colocarse en este campo de tensión de manera eficaz y correcta.

La nueva colocación que Villacañas proporciona al fenómeno populista muestra su colateralidad especular con el neoliberalismo y, por lo tanto, con el *establishment* liberaldemócrata que en los últimos cuarenta años ha adoptado la revolución cultural neoliberal. Es una especularidad en apariencia sorprendente puesto que sabemos bien lo que la retórica de ambas partes ha enfatizado el antagonismo de las dos formas: las invectivas populistas contra los bancos, contra los poderes económicos transnacionales y contra los grupos de presión de los ricos sostenidos por clases políticas nacionales débiles, corruptas y deshonestas son el centro de la retórica populista. También el pragmatismo antiideológico y el funcionalismo económico del *ethos* neoliberal parecen ser el reverso de estas invectivas moralistas.

En cambio, la persuasiva tesis a la altura del problema es que gobernanza neoliberal y populismo se mantienen, remiten recíprocamente porque tienen en común la aceptación extrema de la fragmentación de los vínculos sociales, la nada de *ethos* común, el fin de las comunidades de gobierno y de las instituciones civiles. A menudo, aunque no siempre, los respectivos proyectos son diferentes: el neoliberalismo gobierna la anarquía de los poderes sociales por él mismo producida, sometiéndola al *modus* competitivo de la optimización y de la eficiencia que llega a cubrir la vida entera: biopolítica y bioeconomía del viviente. El tejido social hiperfragmentado está controlado a través del dispositivo del mercado, mientras que el populismo –todo menos que apolítico o antipolítico– es un fenómeno típica y orgullosamente político. El populismo acepta el fracaso, la humillación que emerge del inevitable chasco de formas de subjetivaciones neoliberales, ampliamente perdientes, ansiosamente prestacionales, replegadas en un goce/no goce inmediato, que no conoce negación y articulación, exentas de capacidad crítica. Por otra parte, el *modus* capitalista de gestión de la coexistencia genera descom-

pensaciones a las que los Estados (aquellos que siguen teniendo una dimensión soberana, por ejemplo, Estados Unidos, Rusia o China) reaccionan escogiendo políticas mercantilistas o de libre comercio dependiendo de la conveniencia, sin menoscabar de hecho las relaciones económicas en las comunidades estatales.

Es indudable que, a nivel de los individuos, la dispersión social es real, pero también se enfatiza y acentúa mientras se niegan las prácticas cooperativas y solidarias que funcionan de por sí. Y con la materia ofrecida por estas singularidades muy diferenciadas y conformistas, estéticas e imitativas, dispersas y expuestas al contagio, el populismo construye la entidad retóricamente homogénea que es el pueblo. No afronta los nudos materiales del orden neoliberal para cambiar su estructura, sino que, al considerar irreversible el efecto de fragmentación de lo social, a esta fragilidad del vínculo aspira su potencia, sin querer colmatarla para nada o reforzar las relaciones de solidaridad o la agregación alrededor de valores que podrían recomponer el tejido social. El pueblo está caracterizado solo por la relación antagonista con un enemigo organizado por el discurso retórico: no tiene raíces arcaicas, no se enlaza con la recuperación de tradiciones culturales: en cambio sí está caracterizado por la absoluta adherencia al vacío social. Así que, tanto el neoliberalismo como el populismo ahondan sus raíces en una visión nihilista de la época y en el replegarse de toda posibilidad/voluntad de cambiarla.

Estamos muy lejos de las reconstrucciones ofrecidas por los historiadores que suponen la naturaleza rural, católica y comunitarista del populismo, e ignoran la marcada distancia entre concepto de nación y aquel de pueblo en el léxico populista. Ya hemos dicho que el populismo tiene un fuerte proyecto político: es más, frente al doblarse de las instituciones a centros decisionales económicos y financieros no controlables, representa el relanzamiento de la política, de la *verdadera política*, como artificio humano que afronta la contingencia para determinarla: y el proyecto es construir al pueblo. No hay que confundir al pueblo con el mito frágil y biopolítico de la nación que remite a la comunidad, la *Gemeinschaft* con sus instituciones generadas desde abajo, de las prácticas que, con el tiempo, han adquirido capacidad normativa de lo social. La comunidad indica relaciones fuertes que producen subjetivaciones estructuradas alrededor de valores compartidos y debe entenderse en sentido pluralista, nunca absoluto, como rechazo de la *reductio ad unum* soberana de la tradición hobbesiana y rousseauiana, porque coexiste con otras comunidades y otros valores.

Quiero repetir que el nudo es aquel énfasis en la irremediable naturaleza fragmentada de lo social que neoliberalismo y populismo emplean y gestionan en formas opuestas. Es la nada de social, la nada de potencia institucional inmanente a los sujetos que

adelanta todo esto. Tanto el resultado nihilista y funcionalista del mercado neoliberal como el nihilismo retórico de la construcción del pueblo en Laclau niegan toda capacidad de autogobierno y autoinstitucionalismo desde abajo.

El libro de Villacañas valoriza el republicanismo como línea roja de choque y confrontación contra el populismo y sus riesgos: no la liberaldemocracia proceduralista, ni por cierto el neoliberalismo que comparte su premisa ontológica. Pero podemos pensar también en clave republicana en el nuevo institucionalismo desde abajo, aquel de los bienes comunes, de las experimentaciones de cooperación social.

Para Villacañas es la única tradición capaz de revitalizar el pluralismo ontológico e histórico, base *sustancial*, no vacía ni abstracta de una política articulada, a su vez plural, que pasa a través de las ciudades, los grupos, las comunidades urbanas que históricamente se han formado y pueden confederarse con vistas a un desarrollo alternativo a la desertificación planetaria.

En cambio, el pueblo es una construcción artificial que debe nacer de las ruinas históricas, consideradas irreversibles por el populismo, de las formas comunitarias del pasado. Y su rasgo distintivo es la soberanía, una soberanía no originaria como la de la nación, sino construida hegemónicamente por medio del trabajo retórico: el único posible en una acepción nihilista de la sustancia social. No es totalitario, sino totalizante, capaz de oscurecer e impedir la diferenciación asociacional desde abajo, el ‘republicanismo civil’, al que el autor dedica palabras tanto apasionadas como lúcida y amargamente conscientes de la dificultad creciente de su éxito. La vitalidad política de “instituciones y comunidades tradicionales animadas por justicia distributiva y solidaridad asistencial” es el único hábitat posible para promover al mismo tiempo la estabilización y el cambio, aquella mezcla de estabilidad y movimiento que caracteriza a una sociedad activa y civil. La imagen de una España frágil a punto de una crisis orgánica, amenazada por la cuestión catalana a su vez gestionada populísticamente por una supuesta homogeneidad antagonista, incapaz de reforzar las instituciones educativas que contrasten cuesta arriba la pobreza cultural de las subjetivaciones neoliberales, atestigua que este libro –como todos los demás de pensamiento crítico– también es una toma de posición sobre el presente, una tentativa de abrir una brecha en la narración prevaleciente que lo bloquea en un cuadro destinal. Todo libro de crítica y de verdadero pensamiento político también es una política de la verdad –como diría Foucault– una batalla para otra posible vida política.

Traducción del italiano M. Colucciello